

# EVOCAACION DEL COLEGIO DE SAN CLEMENTE DE LOS ESPAÑOLES

Por JUAN BENEYTO

Colegial de S. Clemente de Bolonia.  
Catedrático de la Universidad de Salamanca.

**E**L gran arzobispo don Diego de Anaya, creador del Colegio Mayor de San Bartolomé, escribía al reformar su fundación, el día de San Juan Evangelista del año del Señor de 1417: «Cuando estuve en Italia pasé a Bolonia, ciudad ilustre de la Lombardía por la Academia de todas las ciencias que allí florecían. Vi el Colegio que fundó aquel insigne cardenal Gil de Albornoz, para los españoles, inflamado del mismo celo en que hoy me abraso, y resolví no sólo imitar el intento, sino aventajarlo en lo que pudiese...»

Proclama así el más insigne de nuestros fundadores de Colegios; aquel cuyo nombre brilla, al través de los siglos, en nuestra docta antigua Atenas, la filiación albornociana.

Y si son hijos de San Bartolomé, nietos serán, sin duda, de San Clemente los demás Colegios que imitaron al de Anaya: los de Cuenca, Oviedo y Fonseca, en la misma ciudad; el de Santa Cruz, en Valladolid, y el de San Ildefonso, en la antigua Compluto. Y bien está que proclamen ahora, cuando se trata de volver a coger el hilo perdido de la tradición, esa misma línea albornociana los que colocan en la Moncloa la imagen del gran cardenal don Gil, aquel que supo hacer obra tan duradera como ya seiscientos años van diciendo...

\* \* \*

El profesor Filippini ha tratado de reconstruir lo que arquitectónicamente era el Colegio de España. Pero aún mejor que el profesor Filippini, nos ofrece su plano, con no pocas sugerencias, Juan Ginés de Sepúlveda. En su descripción, apenas cien años después de Anaya, se advierten claramente el alma y la vida. He tenido ocasión de subrayarlo en la biografía de este insigne español, y me permito volver sobre lo dicho, porque bien creo que fué Sepúlveda quien dió la más exacta explicación.

Llega Sepúlveda a Bolonia y ve el edificio del Colegio como obra magistral, levantada por Gattaponi según inspiración del cardenal fundador. Le atrae especialmente el patio central con sus dos logias, y sobre todo, como buen clérigo, la hermosa capilla. Lucía ésta, como luce aún, los hermosísimos frescos de Andrés de Bartoli, el Boloñés, autor de las pinturas de la capilla de Santa Catalina, en Asís. Y frente a las imágenes de San Jorge y San Clemente, le impresionan los retratos de Gómez Albornoz y del cardenal, que hoy apenas pueden contemplarse. También estaba entonces intacta la pintura que presenta a Fernando Albornoz arrodillado ante Santa Catalina y el Papa Urbano V.

Sepúlveda nos da una descripción del Colegio esmaltada en fervor. Muéstranoslo como edificación inmortal por lo bien asentada. Es—dice—una construcción rectangular, con huertas y casas anejas. En el centro tiene un jardín con laureles, bojés y jazmines. La torre del reloj, con campana y gnomon, señala la marcha del tiempo, mientras en la planta superior las tres ventanas del salón, dirigidas hacia el Mediodía, ofrecen a nuestra vista el gracioso y ameno paisaje del Apenino. La cocina tiene a su lado la gran sala del recién reformado comedor, con las ventanas también hacia el Sur, y al Este un hogar que durante todo el invierno no cesa de arder. Bajo del triclinio se han construído una hermosa bodega y un gran patio cubierto.

Las habitaciones están pegadas a los muros del edificio. Los colegiales se alojan según su especialidad: los teólogos ocupan las habitaciones de Oriente, excepto uno que vive en la parte Norte; los médicos, al Oeste; los juristas no pueden localizarse en un solo rin-

cón; son tan numerosos, que ocupan alcobas dispersas; lo único que exigen es que sean capaces para sus libros...

La biblioteca está instalada en la parte oriental. En ella hay muchos libros, no tan llenos de belleza como de notas. La mayor parte, viejísimos y manuscritos. (En la descripción sepulvediana se percibe una emoción profunda cuando advierte que de algunos de aquéllos consta que los utilizó el cardenal...)

Fuera del edificio central están—añade—el hórreo, amplísimo y totalmente ocupado por el trigo y los productos agrícolas; una bodega, un leñero y el establo de los caballos. Hay también un buen salón para hacer gimnasia, donde en los días feriados se da ejercicio al cuerpo. Al lado quedan otros huertos, con viñas y arbolado, con amenos lugares para pasear, si bien los árboles—dice—son jóvenes, ya que ocupan un erial antiguo, abandonado junto a los caminos y anejado al Colegio por concesión del Senado boloñés al levantar un muro que le aislase de la vía pública. Poca sombra, pues, para los paseos. Y nostalgia, quizá, de la tierra cordobesa.

Contra la nostalgia luchan los estudiantes. Con ellos se puede asegurar que no faltó el ambiente de España. No nos dice Sepúlveda cuántos eran. Solamente señala que, según los reglamentos, no podían pasar de treinta. De ellos, uno portugués y tres aragoneses; castellanos los otros. Habrían llegado, de acuerdo con las disposiciones entonces vigentes, presentados por los arzobispos de Toledo, Sevilla, Zaragoza o Lisboa, o por los obispos de Cuenca, Sigüenza, Burgos, Palencia, Córdoba, Osma, Avila, Salamanca u Oviedo, y de por ahí serían, salvo el caso de que los presentase algún obispo del linaje del Fundador o del señor de su casa y familia. No podían ir más de tres de una misma diócesis, y todos justificarían con testimonio de cinco cristianos viejos que no eran descendientes de conversos, judíos, moros, herejes ni reconciliados (tendrían que buscar para hacerlo un notario también cristiano lindo); hijos de legítimo matrimonio, mayores de veintiún años y no tan ricos que su renta excediese de cincuenta ducados puestos en Bolonia, «aunque las riquezas de sus padres quanto quier que sean grandes no serán impedimento al hijo para entrar en el dicho Co-

legio». Y es claro que, por lo menos, haber estudiado tres años en Estudio General... Cuenta esto el Reglamento; pero Sepúlveda no lo completa con su descripción. Sólo advierte esa mayoría de juristas, y habla de ocho teólogos y de cuatro médicos.

También por entre la nostalgia entraba el vestir, que evocaba lo español. Si en conjunto el indumento de los colegiales era casi igual al de los doctores de Bolonia, la muceta recordaba la salmantina, bien que con hilos de amatista. Ligados, por lo demás, a la tradición goliárdica, vestían la antigua estameña de los boloñeses. Como ellos iba también el Rector, aunque espléndidamente vestido de seda.

Más decía aún Sepúlveda: hablaba de los españoles que estaban allí o que poco antes estuvieron. Ya no debió encontrar a Juan Montes de Oca, recuerdo muy vivo en el Colegio. Otras figuras eminentes habían sido colegiales por entonces: Antonio de Lebrija, Fortún García, Antonio de Burgos, Martín García, Pedro de Arbués... ¡Con qué emoción recuerda el humanista el martirio de este colegial santo! Bien saca a colación su suplicio y su fe. Buen ejemplo de la calidad que exigía don Gil. Con tales datos, Sepúlveda comprende los beneficios y los privilegios, como el de León X, que les atribuía idoneidad para las dignidades eclesiásticas y consideración de doctores por Salamanca...

\* \* \*

Otra vez se ligan Salamanca y Bolonia. Mas aquí llegan por San Clemente y San Bartolomé, por esos grandes centros que complementan a la Universidad atendiendo uno de los fines fundamentales de la misma: el formativo. A la lista de Sepúlveda pueden añadirse cien y cien nombres, bien coronados con la noticia de cuantos, en lo que va de siglo y en desigual competición, han obtenido el más preciado premio: el de Víctor Manuel II, creado por Bolonia en reconocimiento al primer rey de Italia. La vía sanclementina sigue, mientras la de San Bartolomé se secó... Y hay que volver a ella.

Seiscientos años son prueba caldaria, en firme línea de cultura y de humanidad. Bien está que se vea y se proclame, y que la estatua de Albornoz presida una ancha zona de la Ciudad Universitaria matritense, heredera de Compluto.

Patrono de todos los Colegios Mayores, el de España en Bolo-  
nia nos da, en estos días, impresión semejante a la que produjo  
en 1417 a don Diego de Anaya. Inflamados por su mismo celo, hay  
que imitar... y aventajar, como Anaya quería, la Fundación del  
Cardenal insigne.

Por eso no podía faltar aquí, por voluntad que es hermoso tes-  
timonio del Rector del primero de nuestros actuales Colegios, una  
evocación de la obra albornociana, antecedente del Colegio «Viejo»  
de San Bartolomé y algo así como patriarcado y casa solar de cuan-  
to por esa vía quiera hacerse.